

Eugenio Bregolat

¿G-7, G-20 o G-2?

El primer viaje al exterior de la nueva secretaria de Estado norteamericana fue al Asia Oriental, con China como principal destino. Estados Unidos parece estar mirando, definitivamente, más hacia el Pacífico que hacia el Atlántico. La tendencia se ha visto confirmada por sendos artículos de dos de los geoestrategas norteamericanos más reputados y cargados de experiencia, uno republicano y otro demócrata, aparecidos en vísperas de la llegada a la Casa Blanca de Barack Obama, su obvio destinatario.

Henry Kissinger publicó el 12 de enero en *The New York Times* un texto titulado "La ocasión para un nuevo orden mundial". Está centrado en China, a la que reconoce ya como gran potencia (la llama *fellow superpower*), denominación que, hoy por hoy, resulta excesiva. Opina Kissinger que si Estados Unidos se inclinara por el proteccionismo o llegara a considerar a China su enemigo, acabaría convirtiéndola en verdadero enemigo, arruinando la po-

Europa sólo será una gran potencia como EE.UU. o China si, además de superar la crisis, habla con una sola voz

sibilidad de un nuevo orden global y dividiendo al mundo en bloques regionales enfrentados, cosa peligrosa a largo plazo. Las relaciones entre Estados Unidos y China deben elevarse a un nuevo nivel, basado en el concepto de destino común, según el modelo de la relación transatlántica en la segunda posguerra mundial.

Más explícito todavía resulta el artículo de Zbigniew Brzezinski, consejero de Obama, en el *Financial Times* del 14 de enero, que lleva por título "El grupo de dos que

E. BREGOLAT, ex embajador de España en China

podría cambiar el mundo". Pide la constitución de un G-2 informal entre Estados Unidos y China, los dos países clave para forjar el mundo futuro.

Tanta atención a China viene impuesta por su espectacular crecimiento económico y sus consecuencias militares y geoestratégicas, amén de su posición clave para superar la crisis económica global. Si Goldman Sachs estimaba hace pocos años que el PIB de China, en valor nominal, iba a alcanzar el de Estados Unidos en el 2041, y luego en el 2035, ahora cree que será en el 2027, o sea, en menos de veinte años. En el 2050 el PIB chino alcanzaría 75 billones de dólares, por 40 billones el de Estados Unidos; es decir, el doble. Las proyecciones siempre deben tomarse con cautela pero, salvo sorpresas, China tendrá hacia mediados de siglo la mayor economía del mundo. Como ocurrió antes con Estados Unidos, la base económica irá creando, inevitablemente, capacidad tecnológica y militar, es decir, poder duro, con la consiguiente reconfiguración del orden económico y geoestratégico global.

¿Dónde queda Europa? En su trazado del nuevo orden internacional, la despacha Kissinger con un parrafito, diciendo que se encuentra a medio camino entre el abandono del marco nacional y un nuevo marco político todavía no logrado. Es otra forma de decir que Europa no aparece aún en la guía telefónica, es sólo un futuro. Brzezinski no la cita para nada.

Ni Rusia, ni India, ni Japón son mencionados en estos artículos. Rusia ha queda-

do convertida, tras el fin de la URSS, básicamente en una potencia regional, que intenta mantener su influencia en el espacio ex soviético, el extranjero próximo, y cuyo poder duro depende en exceso del precio del petróleo y del gas. Si el PIB de la URSS en 1990 era dos veces y media mayor que el de China, hoy el PIB de Rusia es un tercio del de China. Algo menor que el PIB

de Rusia es el de India, y ambas ven como la diferencia de su PIB con el de China no deja de crecer. Japón, con escasa extensión, población relativamente pequeña y una economía muy castigada durante más de una década, cederá el puesto de segunda potencia económica a China en unos cinco años.

¿Vamos hacia una nueva bipolaridad? ¿Hacia una multipolaridad asimétrica? Dos grandes potencias, Estados Unidos y China. Un peldaño más abajo, India, Rusia, Japón, Brasil. Europa sólo será una gran potencia, equiparable a Estados Unidos o China, si, además de superar el riesgo que la crisis económica supone para el euro e incluso para el mercado interior, es capaz de unificar su política exterior y de seguridad, hablando con una sola voz y actuando con una sola voluntad. Mientras se mantenga el veto, es decir, mientras haya que esperar, en cada caso, a ver si se logra o no consenso para saber si hay una política europea o no (piénsese en la guerra de Iraq o, actualmente, en la política hacia Rusia), Europa será sólo una ilusión. Monnet escribió en sus memorias, en 1954: "Aún serán necesarias muchas pruebas antes de que los europeos comprendan que no tienen más alternativa que la unión o una lenta decadencia". ¿No son la crisis económica, con los riesgos que entraña para el euro y para el propio mercado único, la vertiginosa reemergencia de China y que Washington mire ya más hacia el Pa-

cífico que hacia el Atlántico pruebas suficientes? ¿O es que incluso los tres mayores países de la UE se van a resignar a jugar en segunda división?●



JORDI BARBA

Antoni Puigverd

El mejor de su tiempo (moraleja)

Se cumple el 550.º aniversario de la muerte de Ausiàs March. "Sin duda el mejor poeta lírico europeo del siglo XV". La frase no es de un valenciano o de un catalán, sino de Costanzo Di Girolamo, prestigioso romanista italiano. Aunque la literatura no es una competición atlética, preciso es recordar que cuando Costanzo Di Girolamo sostiene que Ausiàs March es el mejor poeta lírico de la Europa de su tiempo, lo dice habiendo leído a fondo a Jorge Manrique, Lorenzo el Magnífico o François Villon.

¿Y tiene alguna importancia que el poeta europeo más sugestivo, complejo y profundo del siglo XV europeo sea un pequeño noble valenciano? Claro que la tiene. Pero no patriótica. Lo del patriotismo literario es relativamente nuevo. Nació con el romanticismo, inventor de las patrias tal como las entendemos hoy (mejor dicho: tal como las entendíamos ayer, puesto que ahora nuestro paisaje humano está siempre en movimiento, nunca se detiene en una foto fija y por esta razón, en el mundo presente, como sostiene Zygmunt Bauman, "ya nadie puede sentirse como en casa").

Desde que se desataron las fiebres románticas, la literatura es un mecanismo de exaltación nacional. Enfatizando la importancia de Cervantes, la patria española

exhibe sus máximos poderes. Lo hacía cuando la mayoría de los españoles eran analfabetos. Y lo sigue haciendo ahora, cuando todos pueden leer *El Quijote*, aunque pocos lo hacen. En la era de los grandes mercados lingüísticos, Cervantes equivale al sello de calidad: avala la formidable expansión exterior de las industrias del español: televisión, internet, música, enseñanza de la lengua y, en última instancia, literatura.

Las culturas sin Estado propio, en cambio, arriesgaron mucho utilizando a sus escritores como bandera patriótica. No consiguieron resultados tranquilizadores. Irlanda obtuvo independencia, pero perdió la lengua; Catalunya consiguió prestigiar su lengua, pero a riesgo de convertirla en escudo político. Cuando la política se normaliza, parece como si la lengua perdiera su sentido y una parte significativa de sus propios hablantes tiende a minusvalorarla. Este es el riesgo de la politización. Algunas lenguas necesitan politizarse para resistir, pero la politización simplifica y restringe su funcionalidad cultural a ojos de muchos de sus hablantes. Es lo que está sucediendo ahora en Catalunya.

A este tipo de lenguas les va a ir peor intentando competir con el inglés o el español en un ámbito en el que no pueden tener oportunidad alguna: el mercado glo-

bal. En este mercado global, por ejemplo, también el francés lo tiene crudo. Llegó a ser la lengua sofisticada de los nobles polacos y rusos. Pero hoy apenas cuenta lejos de sus fronteras. Esto no dice nada en contra del francés, por supuesto. Sigue siendo una gran lengua de cultura. En el mercado global sólo unas pocas lenguas se expanden: chino, árabe, hindi, ruso, español (sin olvidar, claro está, el inglés, lingua franca

Según Menéndez Pelayo, la influencia de Ausiàs era para los castellanos del XVI tan alta como la de Platón

del planeta). No formar parte del pequeño pelotón de lenguas expansivas no es ninguna tragedia.

Pero las pequeñas, si quieren sobrevivir, deben prestigiarse ante su mercado interno. Y esto sólo se consigue primando no la cantidad, no la politización, sino, por encima de todo, la calidad: lo único que las élites del exterior acaban reconociendo. Vender patria en el mundo es ajeno al interés de la lengua y la literatura catalanas. Sólo la calidad reconocida refuerza entre

los propios hablantes el prestigio de lo propio. Y permite desarrollar alianzas estratégicas con la lengua que puede servir de trampolín global. Eso es, precisamente, lo que consiguió, sin pretenderlo, Ausiàs March. Su poesía era excepcional en su siglo XV.

Destilaba una personalidad tan contradictoria y apasionada, tan veraz, que rompió los moldes de su tiempo. Se avanzó al romanticismo proclamando su "yo" sin complejos, con inconfundible expresividad. Garcilaso de la Vega y los renacentistas castellanos leyeron en el siglo posterior a Ausiàs March en su lengua original. Después lo tradujeron sin cesar. Lo admiraban. Bebieron de sus versos a grandes sorbos y lo reescribieron. El profesor y poeta José M. Micó, que ha traducido de nuevo a March (editorial Pre-textos), lo presenta en una fabulosa edición bilingüe que todo español culto debería atesorar. Los cultos de los siglos XVI y XVII aplaudían a March, fuera cual fuera su lengua materna.

La influencia de un poeta valenciano que escribió en catalán clásico era entonces para los castellanos –según explicaba Menéndez Pelayo– tan alta como la de Platón y Petrarca. Mucho hemos perdido unos y otros en los enredos contemporáneos.●